

Félix Armando Núñez

Motivos venezolanos

I

EL ALCARAVAN



N un sueño entre áureo y melancólico,
poblado de héroes y madonas y ángeles,
como ciego, precoz enamorado
de la tarde, yo andaba en la sabana.

La emoción de mi madre y de mi abuela
volcaba en el camino todo el cielo.
Tal vez la Virgen me esperaba ahora
para colmar mi corazón de dones.

Escala de Jacob, el occidente
del llano en Maturín era un prodigio.
Oros, púrpuras, nácares ardían
preludiando la noche incomparable.

En la vasta extensión toda horizonte
estaba mi alma en su genuino centro.
Allí las alas de un delirio blanco
en delicia sin fin se desplegaban.

Caminante infantil por las llanuras,
como hasta hoy mismo, deambulaba absorto,
cuando el alcaraván súbitamente
me interrumpía el sueño con su espanto.

Su corto vuelo, que era más carrera,
como de entre mis pies se originaba,
y su clamor de susto parecía
pavor ante la ya vecina noche.

Y la zozobra de la tímida ave
discurría un minuto por mi alma,
con emoción no semejante al miedo
sino a una angustia cósmica indecible.

Su nombre viene del desierto acaso.
Alarmada al pasar «la caravana»,
la anunciaba su grito lastimero,
seguro centinela de la sombra.

Nunca la vi con claridad... Confusa,
desdibujada en la penumbra incierta
—como inquietantes ímpetus oscuros—
me recuerda la noche en las sabanas.

II

EL COSCO

1

Bajo, en el coro azul de las cigarras,
el onomatopéyico coscó
es el trémolo sordo de los llanos
tostados por el sol.

Y matraca tenaz de Viernes Santo,
olvida que el Señor resucitó
y ahora enfría el agua en las tinajas
del ancho corredor.

Pájaro carpintero que deviene
cigarra por los mangos o el cardón
cobra súbito brío y se entusiasma
como un cascado y bronco ruiseñor.

Y recuerda la sed de la sabana,
los chaparros y el árido terrón,
y también las casimbas y los caños
y el jagüey saciador.

Y la anhelada lluvia fulminante,
y el rayo vibrador,
y las palmas que zumban con el viento
y el conuco y la ronca inundación.

Y todo afluye junto en su elegía
a la puesta del sol:
responso vegetal y crepitante
de humana animación.

A medida que mengua y palidece
la luz de araguaney, sube la voz,
la multiplica en largos sostenidos
y gime por la muerte del gran dios.

Coscó de Maturín que todavía
me parece escuchar en Concepción:
la tarde tiene mágicos poetas,
mas tú eres en el trópico el mayor.

2

En la hora del goce ha revivido
más de una vez ese salvaje olor
—todo el monte—que el cuerpo me impregnaba
al roce de un coscó.

Aroma de cigarras que ha dejado
largamente en mis manos el amor:
la presión de unos brazos juveniles,
el labio en flor, la tez que el sol besó.

Aroma de cigarras que de pronto
me entrega cuanto la memoria ahorró:
el patio de mi casa, y el traspatio
que daba al «farallón».

Y en la quebrada fértil, el yagrumo
que erguía en lo hondo encajes de verdor,
y mucho más allá montes azules
que me sorbían todo el corazón.

Son los cerros de Paria que traspuse
en un alba de llanto y de ilusión:
camino que hice y no he deshecho nunca,
horizonte de ausencia y de dolor.

Sólo la imagen del olor intenso
de las cigarras, por el aire abrió
una senda sutil para el regreso,
¡y por el aire mi niñez volvió!